

Protestantismo y contrario al Catolicismo. Quisiéramos poder pensar así. Pero tenemos grandes razones para dudar de que sea fundada semejante opinión. Vemos que durante los últimos doscientos cincuenta años, la razón humana ha alcanzado un altísimo grado de actividad; que se han obtenido grandes adelantos en todos los ramos de la filosofía natural; que innumerables inventos tienden á aumentar las comodidades de la vida; que la Medicina, Cirugía, Química, Ingeniería, han adoptado ventajosísimas mejoras; que las ciencias políticas y legislativas han caminado también hacia su perfección, aunque con paso más lento que las físicas. En medio de la actividad y el desarrollo general, no vemos que el Protestantismo haya hecho ninguna conquista digna de especial mención. Por el contrario; si en materias religiosas hay ganancia, ésta se halla á favor de la Iglesia romana. Por tanto, no podemos creer que el progreso de la razón humana, haya de ser fatal á una institución como la católica, de la cual lo menos que se puede decir es que no ha perdido un palmo de terreno desde los tiempos de la reina Isabel, á pesar de los grandes adelantos realizados desde entonces.» (*Essay on Ranke's History of the Popes.*)

BIBLIOTECA CENTRAL

CAPÍTULO XVI

BIBLIOTECAS

«Las bibliotecas, esas grandes colecciones de obras impresas ó manuscritas, son señal de una civilización culta y adelantada.» Así empieza la *Enciclopedia Británica* (edic. 1888) un largo y curiosísimo artículo encabezado con el mismo epigrafe que este capítulo. Y es así, en efecto. Un pueblo semibárbaro ó de civilización rudimentaria no abre bibliotecas. Por el contrario, del número y cualidad de ellas puede acertadamente deducirse el grado de cultura intelectual predominante en un pueblo.

Bien pudiera remitir á mis lectores al citado artículo de la *Enciclopedia*, bien seguro de que se impresionarian gratisamente en favor del Catolicismo; voy, sin embargo, para mayor comodidad, á entresacar algunos hechos y apuntar una que otra sencilla idea.

La historia del Catolicismo es la historia de las letras y de la conservación de sus producciones. Si hoy saboreamos las bellezas de los antiguos clásicos, ¿á quién se lo debemos sino á la infatigable laboriosidad y ardiente pasión por la literatura de los Papas, Obispos, y sobre todo de los monjes, que, á costa de prolongadas vigiliass, nos conservaron sus obras, librándolas así de una muerte inevitable? ¿Quién, sino ellos, una y mil veces reprodujo y cuidadosamente preservó el libro de los libros, ó sea la Sagrada Biblia, sobre todo el Nuevo Testamento, la Biblia por antonomasia de los cristianos? Ellos igualmente nos legaron, á costa de incalculable trabajo y paciencia, los voluminosos in-folios con que la luminosa pléyade de padres, doctores, historiadores y teólogos esclarecieron las letras y alumbraron con su doctrina al mundo cristiano. Nadie ha habido ni habrá tan obcecado

que se atreva en serio á disputar al Clero católico esta singularísima gloria.

En los primeros siglos de la Iglesia, cuando el Cristianismo iba extendiéndose y formándose su literatura, el establecimiento de bibliotecas vino á ser parte integrante de la organización eclesiástica. Cada catedral tenía la suya, y muchas de ellas se han conservado hasta nuestros mismos días. Papas, Obispos y monjes rivalizaban entre sí por coleccionar libros y multiplicar el número de ejemplares, empleando al efecto multitud de copistas que reprodujesen los que mutuamente unos á otros se prestaban.

La más famosa de todas las bibliotecas del mundo es la del Vaticano, fundada en el siglo VI por el Papa Hilario. Me es imposible encerrar dentro de los estrechos límites de este capítulo los interesantísimos datos que la citada *Enciclopedia* me suministra. Elegiremos algunos. De Italia en general dice:

«Este país, como primitivo centro de la civilización, contiene las bibliotecas más antiguas, donde se guardan los manuscritos más raros y estimables.»

Y en otro lugar:

«Los intereses territoriales y particulares que por tanto tiempo se opusieron á la unidad de la Península, contribuyeron en gran manera á la creación y conservación de numerosos archivos locales, cuyos pergaminos de cierto hubieran desaparecido con el predominio de una centralización absorbente como la de Inglaterra... Á pesar de las incursiones enemigas y devastaciones de ejércitos extranjeros de que por tantos siglos ha sido víctima, conserva todavía Italia incalculables riquezas en libros y pergaminos, en lo que aventajará á todas las naciones, exceptuando á la Francia. En la Estadística general del Reino italiano de 1865 apareció un estudio comparativo de la riqueza bibliográfica de diferentes naciones europeas. Desprendiase de él que mientras las bibliotecas públicas de Austria, con sus 2.408.000 volúmenes, superaban en número á las de la Gran Bretaña, Prusia, Baviera y Rusia, eran á su vez sobrepujadas por las de Francia, que poseían 4.389.000 volúmenes, y por las de Italia, que constaban de 4.149.281. Aun comparando entre sí á estos dos últimos países, resulta que, relativamente al número de habitantes, lleva Italia la ventaja sobre su rival. Bajo este punto de vista, tan sólo es superada por (la católica) Baviera.»

Conviene advertir que en la Estadística anterior no estaban

incluidas las inmensas bibliotecas de Roma y Venecia, por no pertenecer entonces dichos Estados á lo que malamente se apellidaba Reino de Italia. Hoy el estado bibliográfico de las naciones europeas ha cambiado mucho con relación á aquella época. Así, verbigracia, sin contar más que las bibliotecas públicas, y aun de ellas sólo las principales, poseía el Austria en 1880 5.476.000 volúmenes, y Francia 7.298.000.

Pero prosigamos con la reseña italiana. Además de las 210 bibliotecas allí computadas, de las que estaban abiertas al público 164, había extendidas por toda la Península otras innumerables, menos importantes, que pertenecían á Congregaciones religiosas. De los primeros actos de los italianismos, fué uno la supresión de las Ordenes monásticas, cegando así una de las más copiosas fuentes de instrucción popular, y desbaratando en un solo día y de una plumada los imponderables tesoros literarios acumulados en sus librerías por tantos siglos y con tantos trabajos. Para 1875 se habían confiscado 1.700 conventos, y en ellos un total de 2.500.000 libros. Y aunque con sus restos se han fundado después nuevas bibliotecas, sin embargo, ¡cuántas obras rarísimas descabadas ó desaparecidas! ¡Cuántas preciosidades científicas perdidas quizá para siempre é irreparablemente!

Sigamos ya al autor de la *Enciclopedia* en su excursión por las bibliotecas de Francia. Eran éstas hace veinticinco años 340, sin incluir en este número más que las estrictamente públicas. Sólo la «Nacional» de París guarda en su estantería 2.290.000 volúmenes y 80.000 manuscritos. Como otro millón de libros habrá repartidos por otras bibliotecas menores, públicas ó semipúblicas, de la capital francesa. Ninguna otra ciudad del mundo puede competir con ella en riqueza bibliográfica.

Al SO. de Francia nos encontramos con la Península ibérica, de cuya crasa ignorancia tantas fábulas nos cuentan los *touristas*. ¿Qué decir de su estado bibliográfico? Leemos en la obra tantas veces citada:

«En una sola biblioteca de Madrid existen 400.000 volúmenes y unos 200.000 folletos y obritas menores. Está, por lo tanto, bien representada la literatura española. Hay además 30.000 manuscritos y una colección de 120.000 grabados. En 1880 se sacaron de la «Nacional» 54.875 obras, y el número de lectores fué de 51.966. De otras bibliotecas madrileñas mencionaremos sólo la de la Academia, con 20.000 volúmenes y 1.500 manuscritos, en-

tre los que se encuentran preciosidades de inestimable precio. En El Escorial existen 32.142 volúmenes y 4.611 manuscritos, distribuidos en la forma siguiente: 583 griegos, 1.905 arábigos, 53 hebreos y 2.050 latinos.»

Prosigue la Enciclopedia enumerando otras bibliotecas existentes en Barcelona, Cádiz, Salamanca, Santiago, Sevilla, Toledo, Valencia y Valladolid, sobre las cuales nos abstendremos de entrar en pormenores (1).

De las de Portugal dice lo siguiente: «La Nacional de Lisboa ocupa el primer lugar con sus 200.000 volúmenes y 9.415 manuscritos. La Teología, el Derecho Canónico, la Historia y las literaturas portuguesa y castellana véanse muy completas. Hay, además, en Lisboa otras dos bibliotecas de más de 90.000, y comparables con éstas las hay en Coimbra, Evora, Mafra y Oporto, sin contar otras numerosísimas pertenecientes á monasterios, colegios ó personas particulares.

Si como al principio decíamos, la abundancia de esta clase de instituciones es señal de una civilización floreciente y adelantada, no puede negarse este título de honor á la Península ibérica, donde abundan tantos indicios que lo testifican.

Austria ofrece á disposición del público estudioso 2.408.000 libros (hoy pasan de 5.000.000). Según una nota, solamente los Estados representados en el Reichsrath, en 1870 poseían 577 bi-

(1) Lo que el autor decía hace poco sobre los destrozos causados por la revolución de Italia en las bibliotecas de aquella Península, es una fiel pintura de lo sucedido en España en más de una ocasión. Sirva como ejemplo lo acaecido en Andalucía en 1868. Sólo en Sevilla y su provincia había, según los catálogos de la incautación, 120.000 volúmenes, de los que únicamente 30.000 entraron en la biblioteca del Estado. Entre tanto, la ciudad estaba obstruída con los puestos de los que vendían libros al precio de uno á cuatro reales, según tamaño. Los extranjeros mantenían comisionados en las capitales de provincia, y de cuando en cuando salían buques cargados con las riquezas literarias de España. De los 30.000 volúmenes que, según dijimos, se hacinaron en la Universidad, 10.000 resultaron descabalados, los cuales, con lo duplicado de varias agregaciones posteriores, formaron un conjunto de 1.800 arrobas, que se vendían á 22 reales arroba los infolios y á 14 los menores. (Véanse más datos en Mateos Gago. *Opúsculos*, tomo I. Carta al Ministro de Fomento, pág. 164.)

bliotecas importantes. Entre las calificadas allí de primera clase, 159 eran propias de conventos ó Seminarios, algunas de ellas de fundación anterior al siglo VI. Sólo en la capital abríanse al público 101 bibliotecas en las condiciones más lisonjeras. Presentaremos un ejemplo:

«El salón de lectura en la librería de la Universidad vienense abre sus puertas á toda clase de personas desde las cinco A. M. hasta las ocho P. M., y los domingos de nueve á doce. En 1879 leyéronse en dicho salón 159.768 obras, se sacaron á la ciudad 16.300; y 4.418 se mandaron por el correo á los que las pidieron desde fuera.»

De Bélgica leo lo siguiente:

«La famosa Real Biblioteca de Bruselas, compuesta en gran parte de los libros confiscados en los colegios de jesuitas y otros conventos, consta de 365.000 volúmenes, 30.000 manuscritos, 100.000 grabados y 50.000 monedas y medallas.

»La de la Universidad de Gante, allegada también de lo arrebatado á comunidades suprimidas, tiene 250.000 volúmenes y 1.600 manuscritos. El mismo número de libros tiene la católica Universidad de Lovaina; 105.000 la de Lieja, con 87.254 opúsculos, 1.544 manuscritos y 142 incunables.»

Son igualmente notables las de Amberes, Brujas, Maestricht, Mons, Namur y Tournai.

Respecto á la América del Sur, se expresa así la Enciclopedia: «La importancia de las bibliotecas públicas es bien reconocida por los argentinos, que tienen establecidas ya más de 200. Son en su generalidad donativos de particulares, ampliados por la generosidad del Gobierno. La Nacional de Buenos Aires encierra 40.000 volúmenes y un número regular de manuscritos, algunos de grandísimo interés para la historia de las colonias españolas. Hay en la misma ciudad otras dos bibliotecas, cada una con más de 45.000 volúmenes.

La más notable del Brasil es la Nacional de Rio-Janeiro, con 120.000 volúmenes y 1.000 manuscritos.

Además de la citada existen muchas otras en la misma capital, tan importantes algunas como la de la Facultad de Medicina con 18.000 volúmenes; la de Marina, con 19.500; la del Museo Nacional, con 9.000; la de la Sociedad Literaria, con 53.000; la Flumenense, con 43.000; la del Monasterio Benedictino, con 9.000, y la Municipal, con 5.500.

En la Exposición de Philadelphia de 1876, la riqueza bibliográfica del Brasil estuvo representada por un contingente de 460.272 volúmenes. El número de lectores en 1875 fué de 85.044.»

Públicas también, y de grande importancia relativa, son otras bibliotecas establecidas en las principales ciudades, Centro y Sudamericanas, como la de Santiago de Chile, con 65.000 volúmenes; la de Lima, con 35.000; la de Caracas, con 29.000, y otras que omito.

En Méjico, como decíamos en otro lugar, existen 20 públicas (en 1890 ascendían á 72), con un total de 236.000 volúmenes, sin hacer mención de otras innumerables propias de particulares, con un contingente de 1.000 á 8.000 libros.

Por el cuadro que venimos trazando se ve el aprecio grandísimo que se hace de estas instituciones científicas en todos los países católicos. Sólo hemos tratado de las públicas ó semipúblicas; pues de las particulares ni aun el número podríamos calcular según son innumerables. Baste decir que en la morada de todo católico de la clase alta ó de la media, la mejor pieza de la casa y la más artísticamente decorada es la que se llama librería, donde á las claras se echa de ver el grado de cultura y las especiales inclinaciones de la familia. Al amigo que por primera vez hace una visita, se le enseña con muestras de singular complacencia la pequeña colección de libros, como uno de los objetos más visibles y una de las más preciadas glorias de la familia. Esto sucede en todos los países católicos y ha sucedido en todos los tiempos. Lo cual constituye una prueba manifiesta de lo extendido que se halla entre las diversas clases sociales del Catolicismo esa civilización culta y adelantada de que dan claro indicio las bibliotecas.

No nos parece fuera de propósito hacer aquí una observación, que creemos muy significativa. Recórranse los estantes de una biblioteca católica. Allí están recogidas las más selectas producciones del ingenio humano. En el dorso de aquellos libros, con insignificantes excepciones, se leerán únicamente nombres católicos. Acerquémonos luego á una biblioteca protestante; hojéense las obras impresas de más valor y los manuscritos más raros; aquéllas, en su inmensa generalidad, serán debidas á un sabio católico, y éstos habrán sido escritos ó copiados por una pluma también católica. Hágase la experiencia y júzguese. Después de esto, ¿puede acaso desearse testimonio más elocuente de la supe-

rioridad intelectual que tienen los adeptos á la fe Apostólica Romana? *A fructibus eorum cognoscetis eos*. Por sus frutos los podréis distinguir.

Hora es ya de examinar el otro término de la comparación, ó sea los países protestantes. Y empecemos por Suiza, que aunque tiene casi la mitad de su población fiel á la Autoridad Romana, pasa, sin embargo, en la opinión vulgar como un pueblo heterodoxo. Copiamos de la *Enciclopedia Británica*:

«Asignansele 2.096 bibliotecas, de las que cuatro quintas partes pertenecen á Asociaciones populares, consagradas á la instrucción de la juventud. Sólo hay 18 que cuenten 30.000 volúmenes. La más rica es la de la Universidad de Basilea, fundada al mismo tiempo que dicho Centro docente, en 1460 (por católicos). Las librerías de los Monasterios de San Gall y Einsiedeln, que datan, respectivamente, de los años 830 y 946, tienen extraordinario interés, tanto histórico como literario.»

Se ve, pues, que son de fundación católica las únicas bibliotecas dignas de especial mención, y que honran á este país, uno de los más cultos entre los que profesan la Reforma, y donde es mayor que en ninguna parte el número de niños matriculados en las Escuelas.

Los datos bibliográficos referentes á Alemania me los va á suministrar un periódico de aquel Imperio, el *Kolnische Volkszeitung*, donde hace muy poco se ha hecho muy concienzudamente, por lo que se refiere á los Estados de la Confederación, el mismo estudio que es objeto de este capítulo. Dice así el citado diario:

«Recientemente se ha publicado una detallada estadística de todas las bibliotecas existentes en nuestro Imperio. De esa lista se desprende que tenemos 130 públicas, que reúnen entre todas 20.000.000 de libros y 200.000 manuscritos. Poseemos, además, otras 1.550 propias de Colegios, Seminarios y casas particulares. Sumando las públicas con las privadas, resultan 1.606 bibliotecas, que entre todas arrojan un total de 27.091.288 volúmenes y 240.416 manuscritos. Sobre 2.300.000 marcos, ó sea 575.000 duros, empléanse cada año en el acrecentamiento de estos tesoros literarios.»

Pero lo más interesante, á la par que honorífico, para nosotros los católicos, es el hecho de que la mayor parte de estos infolios han sido coleccionados por hombres que profesaron nuestra misma fe; las más afamadas de estas librerías han sido surtidas de

los despojos arrebatados á los Monasterios y Conventos. Y aun en nuestros mismos días podemos gloriarnos de que los Centros de instrucción católicos y las familias católicas figuran en primera línea por la riqueza y mérito de sus bibliotecas.

Antes de entrar en detalles, débese recordar que á los comienzos de la Reforma fueron proscriptos los Institutos religiosos, y sus propiedades todas confiscadas. ¡Lanzóse de sus Conventos á los monjes á título de enemigos de la Ciencia, y el fruto de su paciente y silencioso trabajo forma hoy mismo el legítimo orgullo científico de la protestante Inglaterra y Alemania, de Austria y Francia!...

Entremos en algunos pormenores. La biblioteca de Berlín, abierta en 1661, formóse con los libros de los Monasterios de Magdeburgo y Westfalia: más tarde, los de Silesia, Posen, Prusia y las provincias rhenanas pagaron también su tributo. Setenta librerías de establecimientos católicos contribuyeron á la formación de la biblioteca que hoy tiene la Universidad de Breslau.

Karlsruhe obtuvo parte de los libros pertenecientes á los Conventos de Baden, tan célebres algunos como el de Reichenau y Saint Blasien. La biblioteca de Heidelberg guarda en su estantería 60.000 volúmenes, que en un tiempo fueron del Monasterio de Salen; la de Leipzig se enriqueció con lo arrebatado á los Benedictinos, Dominicos y Agustinos de Sajonia; y así pudiéramos ir alargando esta lista. Vemos, pues, que muchos de estos establecimientos bibliográficos están vestidos de plumas ajenas, y que son prestadas una buena parte de las glorias que se apropian.

Pero aún hay más. Existen 120 bibliotecas, propiedad de Asociaciones protestantes, y 81 que lo son de Sociedades católicas. Pues bien: las 120 protestantes suman, por todo, 436.647 volúmenes, y nuestras 81 componen un total de 1.119.118. Aquéllas están subvencionadas por el Gobierno, y en su mayor parte son de origen más antiguo; y, sin embargo, no pueden competir con las nuestras, sustentadas por donativos particulares, y muchas de ellas de fundación aún reciente. Sirva de muestra un ejemplo.

El Seminario protestante de Tubinga, dotado de una buena pensión para sus acrecentamientos bibliotecarios, sólo tiene 25.000 volúmenes, mientras que el Colegio católico de la misma ciudad, con muchos menores fondos, posee una rica librería de 40.000 volúmenes. Aun de los Monasterios fundados después de la invasión napoleónica, algunos hay, como el Benedictino de Metten,

con 60.000; el de San Bonifacio, de Munich, con 36.000, etc.

Entre las ciudades más bibliófilas se citan Aquisgran, Colonia, Maguncia, Tréveris, Aachen, todas católicas. Igualmente las bibliotecas particulares más ricas son las de la nobleza católica, la de los Loewenstein, Taxis, Isenburg, etc., entre los que se encuentran colecciones que pasan de 100.000 libros.

En el mismo artículo aparece que de las 21 bibliotecas universitarias de Alemania, las más afamadas remontan su origen á siglos anteriores á la Reforma. Y aunque es verdad que otras se han abierto después de Lutero, tan célebres algunas como las de Berlín, Dresden y Stuttgart, sin embargo, aun para esas mismas, como hemos visto, sirvieron de núcleo los tesoros literarios arrebatados á frailes y religiosos.

¡Muy grande debió de ser la actividad intelectual de aquellos siglos, apellidados, por antífrasis sin duda, de la ignorancia y las tinieblas medioevales, cuando una pequeña parte de sus exuberantes producciones han bastado para enriquecer tantas y tan magníficas librerías!

En la protestante Holanda están dotadas de bibliotecas públicas las ciudades de Amsterdam, Haarlem, la Haya, Leyden, Roterdam y Utrech, sumando entre todas la cifra de 680.000 volúmenes. La que posee la Universidad de Utrech es de las más notables por sus 150.000 volúmenes. Data su origen del año 1582, en el que habiéndose amontonado en la ciudad los libros de varios conventos confiscados, surgió la idea de formar con ellos una biblioteca pública. La de Amsterdam debe su fundación á una circunstancia idéntica. ¡Que estos han sido en todas partes los procedimientos adoptados por las lumbreras intelectuales del mundo moderno: apropiarse el fruto de ajenos sudores y sacrificios arrogándose la gloria de ellos, mientras llenan de ultrajes á los legítimos dueños, y que justísimamente la reclaman!

Y basta de Holanda para decir algo de los pueblos escandinavos. Cuatro bibliotecas abren sus puertas á los estudiosos de Dinamarca, todas ellas en la ciudad de Copenhague. El número de volúmenes asciende á 822.000, y á 22.000 el de manuscritos. De estos establecimientos, la Librería Real y la de la Universidad son anteriores á la Reforma.

Tres son las bibliotecas de Noruega; dos de ellas están en Cristianía (295.000 volúmenes), y la tercera en Trondhjem (50.000). Iguales en número á las de Noruega son las de Suecia:

la de Stokolmo, con 250.000; la de Lund, con 120.000, y la de Upsala, con 220.000. Tanto las unas como las otras son posteriores á la introducción del luteranismo. Y puesto que la población de Suecia y Noruega juntas es, poco más ó menos, igual que la de Bélgica (6.000.000), cotéjese en el siguiente cuadro el estado comparativo de estos pueblos en punto á riqueza bibliográfica.

	Bibliotecas.	Volúmenes.	Manuscritos.
Suecia y Noruega.....	6	935.200	23.470
Bélgica.....	10	1.399.958	33.909

Ciertamente que el anterior cuadro no suministra mucha materia para entonar ditirambos contra el obscurantismo de los papistas. Veamos si se encuentra más abundante vena en el Reino Unido de la Gran Bretaña.

Aquí, el autor de la Enciclopedia, contra su costumbre de reseñar tan sólo las bibliotecas más importantes y señaladas de cada país, nos teje un largo catálogo de las inglesas, incluyendo en la lista algunas muy pequeñas é insignificantes. Así y todo, la suma total sólo da 330. Merece que nos fijemos en la fecha de fundación de cada una de ellas. En el siglo X se fundó una; en el XI, otra; en el XIV, seis; en el XV, 12; en el XVI, 12; en el XVII, 24; en el XVIII, 44, y en el XIX, 230. De ellas, 123 se han abierto con posterioridad al 1850. Hasta que en dicho año Mr. Eward presentó en la Cámara de los Comunes su proyecto de ley sobre Bibliotecas públicas, nadie se había ocupado con seriedad de este asunto. Y aunque desde aquella época se ha notado extraordinario aumento, es voz común, sin embargo, que Londres no está, ni con mucho, á la altura que le corresponde. Es verdad que en Edimburgo hay bibliotecas notables, pero también se dice que no son accesibles á la gente pobre, ó que lo son con muchas dificultades.

En Irlanda apenas si hallaremos más de cinco que sean de alguna importancia. Todo un Dublin no puede presentar una comparable en el número de tomos, ó facilidad de acceso, ni siquiera con la del Museo Británico de Londres, ó la de Abogados de Edimburgo. En 1854 pidióse en el Parlamento un subsidio pecuniario para remediar esta urgente necesidad, pero la cosa quedó en proyecto y no se pasó de ahí. Dundalk es la única ciudad ir-

BIBLIOTECA CENTRAL

landesa subvencionada por el Gobierno para gastos bibliográficos. Y ¿cuánto se creará que recibe? La miseria de 80 libras.

Hasta principios del siglo XIX no contaba Inglaterra en sus vastos dominios sino cien bibliotecas, de las que sólo siete podían mostrar en su estantería 100.000 libros. De modo que la orgullosa Albión, la que se precia de haber luchado más denodadamente en defensa del protestantismo, alimentada y educada por él, y encargada de propagarle por el mundo; ella, tan rica y tan provista de bienes materiales, es en el particular de que aquí tratamos, la última, relativamente, de las naciones civilizadas.

¿Cómo es que aquellas celeberrimas escuelas de Inglaterra, Escocia é Irlanda, en otros tiempos tan frecuentadas por la flor y nata de los ingenios europeos, perdieron su antiguo brillo y esplendor, y se eclipsaron en las tinieblas del olvido? No fué ciertamente por falta de libros, que todo el país estaba cubierto de monasterios y conventos cuyos moradores casi principalmente dedicaban su vida á estudiar, copiar y escribir voluminosos infolios con que inundaron las librerías. ¿Pues qué se hizo de tanto libro? Casi sin excepción fueron borrados de sobre la haz de la tierra por los hierofantes de la Reforma. Las soberbias bibliotecas de Oxford y Cambridge fueron destruidas por los Visitadores Reales, uno de los cuales se preciaba de haber dejado el New College literalmente cubierto con hojas de libros despedazados. Los pocos que escaparon de las llamas fueron regalados ó vendidos para los usos de las tiendas al por menor.

Acerca de estos Comisionados Reales que giraron la visita de Oxford en 1549-1550, dice así Antonio Wood:

«El principal ornamento y sostén de la Universidad, es decir, las bibliotecas surtidas de innumerables obras, tanto del país como del extranjero, fueron saqueadas por orden, ó, al menos, con aprobación de los Visitadores. Una gran multitud de manuscritos, que ni á mil leguas trataban de artes mágicas ó supersticiosas, sólo por las letras rojas con que estaban encabezados, pasaron á ser pasto de las llamas. Las obras de Teología Escolástica fueron vendidas entre los comerciantes al menudeo, y las que contenían círculos ó diagramas como *à priori*, eran calificadas de cosas de magia, y sin más condenadas á la hoguera.» (*Historia Universal Oxon.*)

Uno de los escritores en las «Cartas de Personas Eminentes», se expresa en los términos siguientes:

«Bibliotecas enteras fueron destruídas ó destinadas á los usos más viles. La espléndida abadía de Malmesbury, que guardaba algunos de los manuscritos más raros é interesantes del Reino, fué saqueada, y sus preciosidades literarias condenadas al fuego. Un anticuario que recorrió aquella ciudad muchos años después de la disolución del monasterio, nos refiere que encontró cubriendo los huecos de ventanas rotas magníficos manuscritos en vitela; y que los panaderos aún no habían concluído los enormes cargamentos de papel con que en aquella ocasión se proveyeron para encender sus hornos.»

Esta vandálica destrucción de las Academias científicas y de sus inapreciables tesoros literarios llevóse á cabo, no en un momento de arrebató, sino con toda premeditación y á sangre fría; por decretos del Parlamento ó Reales órdenes.

Análogos á éstos, son los procedimientos de que los Reformados se han servido también en Francia y Alemania para iluminar al mundo y promover los sagrados intereses de la ciencia. Los Hugonotes quemaron la famosa abadía benedictina de Sur Loire con más de 5.000 manuscritos; y dondequiera que llevaban la guerra civil, saquearon é incendiaron los archivos de catedrales y conventos.

Igual rastro de ruínas y cenizas dejó tras sí en Alemania la horrible guerra de los aldeanos, suscitada por Lutero para muerte de más de 100.000 campesinos, y la no menos sangrienta lucha de los Treinta años, debida también á las discordias que la Reforma sembró y alimentó. La más preciada colección de libros de toda Alemania era, sin duda, la de la ciudad de Munster. Una turba de descamisados anabaptistas, soliviantados por uno de los que se apellidaban profetas, la redujo toda á un montón de pavesas. Los fanáticos sectarios del siglo XVI parecían tener por norma de su conducta aquel famoso dilema con que Omar justificó el incendio de la gran biblioteca de Alejandría, sustituyendo únicamente la palabra Biblia donde el Califa decía Corán. Los libros, parecen haberse dicho, ó están conformes con la Biblia, ó no: si lo primero, son ya inútiles; si lo segundo, perjudiciales: en ambos casos deben quemarse; ¡luego á la hoguera con ellos! ¿No es verdad que es bonita la manera de iluminar al mundo?

También creen algunos que la invención de la imprenta, por ser poco más ó menos contemporánea del Protestantismo, es una de las bendiciones que éste nos trajo. ¡Raro empeño por alzarse

con glorias ajenas! Fácil es demostrar que ésta lo es. En efecto: ¿desde cuándo data el papel de algodón y de lino? Hallam fija su invención hacia el año 1100 (*Introduction to Literature*, pág. 50). ¿Cuándo se empezaron á grabar las letras sobre madera, marfil y aun metal? En el siglo X había ya libros escritos por este sistema de grabado, al que llamaban con vocablo griego *chirotypographia*, y también *xylographia*. La *Enciclopedia Británica*, artículo «Tipografía», presenta una lista de 30 libros quirotipografiados, de los que 20 vieron la luz pública en Alemania, y los diez restantes en diversas ciudades de los Países Bajos. ¿En qué consistió entonces el invento de Juan Guttenberg? En arreglar los tipos ó caracteres de modo que se facilitara la multiplicación de las copias. No fué otra cosa la invención de la imprenta, que tuvo lugar en 1450, bastante antes de que nadie soñara en reformarse ó deformarse. En el transcurso de 1455 á 1535 se calcula que se imprimieron unos 22.932.000 libros (1). (Petit Radet, *Recherches sur les Bibliothèques*, pág. 82.)

Créese también ordinariamente entre los protestantes que la traducción alemana de la Biblia, hecha por Lutero en 1530, es el primer caso de publicarse en lengua vulgar las Escrituras. ¡Adelantados andan los que tal piensan! Más de sesenta ediciones en las diversas lenguas de Europa se llevaban hechas para entonces. La librería de los Padres Paulistas de Nueva York posee un ejemplar de la novena edición de la Biblia en alto alemán, publicada en Nuremberg por Antonio Coburger cabalmente el mismo año en que nació Lutero, 1483 (2).

Por aquí verá el lector desapasionado, cuánta fe se merecen los

(1) Se conservan los nombres de más de 1.000 impresores que vivieron desde 1462 á 1500. Véase la lista en Falkenstein. En el período de los incunables había en Maguncia cinco talleres tipográficos, 20 en Augsburgo, 21 en Colonia, etc. Alguno de ellos era tan notable como el de Antonio Coburger, que montaba 24 imprentas. Por el mismo tiempo había en Italia 100 impresores y 30 en España, establecidos en Valencia, Zaragoza, Sevilla, Barcelona, Burgos, Salamanca, etc.

(2) Para 1500 se llevaban hechas más de 100 ediciones de la *Vulgata*. Sólo Coburger publicó más de 15, y Amerbach 9, en el decenio de 1479 á 1489. Las ediciones en lengua vulgar eran también muy frecuentes. Sólo en alemán habían aparecido para 1503 11 ediciones de los Salmos, 25 de los Evangelios y Epístolas para 1518, y nada menos que 14 de la Biblia en alto alemán y cinco en bajo. (Vid. Jansen, *Geschichte des deutschen volkes*, t. I, lib. 1.º, cap. I.)

que en todos los tonos posibles gritan que Roma y su Clero consideran como cuestión capital arrebatar de las manos de los fieles las Escrituras Sagradas. Porque, claro está, ¡si el pueblo bebiera en sus fuentes originales la palabra de Dios!... Hasta suelen pintar el Sagrado Texto encadenado por los papistas á las columnas de una iglesia. ¡Á cuántas amplificaciones oratorias y golpes patéticos se habrán prestado las tales cadenas!

¿Qué respondemos nosotros á lo de la Biblia encadenada? Que el hecho es verdadero, muy verdadero; pero que prueba exactamente lo contrario de lo que nuestros adversarios pretenden.

En efecto, como en aquellos tiempos antiguos los libros escaseaban relativamente, y su adquisición era costosísima para los moderados alcances del pueblo, introdujose la costumbre de atar á los pilares de los templos, para que no le quitasen, uno ó varios ejemplares de la Biblia, comúnmente llamada *Biblia Pauperum*, porque su fin primario era que los pobres pudieran aprovecharse de ella y leerla cuando les acomodara. Venía á ser una costumbre exactamente igual á la que aún hoy se observa en algunas grandes poblaciones, en cuyos comercios se ven á veces suspendidas, Guías de la ciudad, á disposición del público que necesite enterarse.

¡Que la Iglesia romana teme poner en manos de sus fieles los Libros Santos! Si tal temor abriga, ¿por qué desde los primeros tiempos de su fundación ha trabajado con tanto empeño en expurgar y distinguir los escritos divinamente inspirados de los apócrifos y adulterados, coleccionando los primeros en lo que ha llamado la Biblia, depósito divino que siempre ha conservado intacto y reverenciado como inapreciable tesoro? ¿Por qué tantos miles de monjes consagraron años y más años á reproducir copias de los Libros Santos, con una paciencia asombrosa, con un cuidado y escrupulosidad que casi parecerán nimios, y á las veces con un primor de que dan claro testimonio alguno de esos ejemplares que nos legaron escritos con letras doradas ó artísticamente iluminados?

Nadie inculpe, pues, á los católicos de enemigos de la palabra de Dios. Véase si tal acusación no recae más bien sobre los protestantes, que, después de haber recibido íntegro é incorrupto el sagrado depósito de la revelación, han osado juzgar por sí y ante sí de la inspiración bíblica, rechazando, si bien les parece, libros enteros, ó corrompiendo y adulterando el texto, con el fin de acomodarlo á sistemas erróneos formados como *à priori* y dictados por las torcidas inclinaciones de la viciada naturaleza.

CAPÍTULO XVII

POBREZA Y PAUPERISMO

Nadie crea que, al escribir estas páginas, nos proponemos no ya negar pero ni siquiera empequeñecer las virtudes naturales, y señaladamente la filantropía de algunos protestantes. Nos complacemos en consignar aquí que muchos de ellos la poseen, y en grado eminente. Conmovidos sus nobles y compasivos corazones ante las desgracias ajenas, se han apresurado á aliviarlas y han erigido, tal vez á costa de crecidas sumas de dinero, instituciones benéficas y humanitarias, que por siempre honrarán su memoria. Dios les premiará, cual se merece, su buena obra. Y ¿qué buen católico hay, que de todo corazón no desee que la medida de tal premio sea llena, colmada y superabundante?

Tampoco es mi intento calificar ó graduar esos actos de benevolencia protestante; sólo quiero hacer ver que el Protestantismo, considerado como un sistema religioso, carece en sus principios y en su moral de esa hermosa virtud que llamamos caridad. La benevolencia humana, aunque se practique en el grado más sublime, de que es capaz una virtud natural, dista mucho de ser caridad cristiana. Será si se quiere una obra buena y también agradable á Dios, por más que esto lo niegue la doctrina fundamental del Protestantismo; pero mientras no traspase esta esfera humana, mientras no se funde en un motivo sobrenatural, nunca llegará á ser virtud cristiana. La templanza practicada, ora sea como protesta contra la gula de nuestros prójimos, ora sea como medida higiénica, dista mucho de ser la sobriedad y abstinencia que enseña Jesucristo. Dígase otro tanto de la continencia estoica ó de la manirrota y filantrópica benevolencia. Les falta mucho para ser castidad ó caridad cristianas. San Pablo es quien lo dice: «Aunque distribuya mi hacienda entre pobres y entregare mi